

# UN POETA EN PLENITUD: MANUEL RUIZ AMEZCUA Y «UNA VERDAD EXTRAÑA (POESÍA 1974-1993)»

Por Dámaso Chicharro  
Universidad de Jaén

## Resumen

Se analiza la lírica reciente de Ruiz Amezcua partiendo del Estudio Introdutorio que dedica el novelista Muñoz Molina a su último libro de versos (*Una verdad extraña*). Se relaciona esta poesía con los grandes mentores (Quevedo, Unamuno, Miguel Hernández) para destacar la originalidad que demuestra al trascender las voces subyacentes y lograr una nueva y verdadera voz poética, a la que son de perfecta aplicación las opiniones sobre lo conceptuoso y reconcentrado de Pedro Salinas en *La Gloria y la niebla*.

## Abstract

The recent lyric work by Ruiz Amezcua is analyzed by adopting the introductory study by Muñoz Molina on his last poetry book *Una verdad extraña*. This sort of poetry is related to the great mentors (Quevedo, Unamuno, Miguel Hernández) in order to underline the originality shown when reaching beyond the hidden voices and achieving a new true poetic voice. The opinions on conceptuous and synthesized dimensions claimed by Pedro Salinas in *La gloria y la niebla* are perfectly applicable.

**H**A aparecido a finales de noviembre de 1995 una espléndida recopilación poética de Manuel Ruiz Amezcua, publicada por la barcelonesa Editorial Octaedro, ricamente encuadernada en un amplio volumen de casi 400 páginas, precedida de un interesante estudio del gran narrador comprovinciano Antonio Muñoz Molina. El libro, que recoge lo mejor de la obra de veinte años, aparece titulado *Una verdad extraña (Poesía 1974-1993)*. He de decir que no es la primera vez que me ocupo de su lírica. Es más, me

considero de los autores que en los últimos tiempos ha prestado mayor atención a la poesía de Ruiz Amezcua, pues he publicado artículos sobre sus cuatro o cinco últimos libros, y vengo siguiendo su trayectoria con atención preferente desde el titulado *El espanto y la mirada*, que comenté con el subtítulo de «Y otras reluctancias poéticas», obra a la que siguió luego *Las voces imposibles*, motejadas por mí de «voces verdaderas», para finalizar momentáneamente con el estudio de su recopilación poética de comienzos del año 1995, *Claro laberinto*, que por entonces era su último libro. Pero la fertilidad y –sobre todo– el afán depurador a conciencia del poeta, tan persistente en su labor de lima y deturpación al menos como Juan Ramón Jiménez, nos sorprende a los pocos meses con esta nueva y depurada entrega, especie de punto y aparte de quien, llegado a la primer plenitud, tiene derecho a observar el paisaje propio desde el otero de su cabal lontananza.

En la actualidad nos encontramos ante un poeta absolutamente maduro. *Una verdad extraña* es un libro que recoge –como decimos– la producción de veinte años de camino con vocación ascética de eremita del arte, en que se ve claramente cómo el autor ha ido despojándose de las influencias perceptibles con cierta nitidez en los primeros libros; en concreto de Góngora, Quevedo, Miguel Hernández o Soto de Rojas. Cuando logra desasirse de todas las influencias y ser dueño de su propia voz, a partir del segundo o tercer libro, nos hallamos ante el verdadero creador de voces nuevas y únicas, esas que él llamó desde un título voces imposibles, que nosotros motejamos con más razón –creemos– de verdaderas. Es entonces cuando alcanza la verdad de la mentira, algo así como «desterrar el ansia eterna/ de abrazarse en lo imposible», o –dicho con prosaísmo decimonónico– pone en juego el axioma campoamorino «si a comprender aspiras/ la ciencia de las puras realidades/ hallarás que de todas las verdades/ la mitad por lo menos son mentiras», que Ruiz Amezcua parece seguir al pie de la letra probablemente sin recordarlo; alcanza a saber, asimismo entonces, recuperada su voz propia, que «no hay amor a vivir sin la desesperación de vivir» (CAMUS, *Amour de vivre*), que él pone en práctica a partir de ese libro.

El estudio introductorio del que tenemos en las manos, de Antonio Muñoz Molina, es a este respecto claramente revelador, porque hace ver la palpable evolución del lírico, que va desde *Humana raíz* (Col. Rocardamor, Palencia, 1971) a *Dialéctica de las sombras* (Ambito literario, Barcelona, 1979), que continúa en *Oscuro cauce oculto*, (Porrúa, Madrid, 1984), se prolonga en *Cavernas del sentido*, Col. Suplementos, Granada, 1987), inicia una clara inflexión en *Mas allá de este muro* (Diputación Provincial, Granada, 1991) y alcanza plenitud en *El espanto y la mirada* (Granada, 1992)

y en *Las voces imposibles* (Jaén, 1993), pues *Claro laberinto* (Jaén, 1994), también obra plena, es una antología de poesía amorosa recopilada por el propio autor. No se trata de repetir todas las consideraciones que a este propósito realiza Muñoz Molina en lo que llama «Veinte años después: un retrato en el tiempo de Manuel Ruiz Amezcua». No es cuestión de ir desgranando la intuitiva visión vivida que tiene el novelista de su amigo Ruiz Amezcua, como autor de libros y personalidad creadora cuya condición de poeta excluye todo lo demás, dirige e imanta absolutamente su vida, sus lecturas y su relación con el mundo. Habla en concreto Muñoz Molina de la llegada del desconocido poeta a Madrid, con ese viso de poeta solo, de poeta puro, juanramoniano si queremos, adusto y seguro de sí, con su libro debajo del brazo, «visitando despachos de improbables editores», pero no con el aire de modestia o disculpa anticipada que cabría esperar de un principiante, sino como alguien tan seguro de sí, que se podría creer un consagrado, que «mostraba muy al contrario una arrogancia impávida, una seguridad en sí mismo que excluía toda vacilación y todo compromiso». «En él —dice acertadamente el narrador— no había nada de principiante, ni tampoco en aquel su primer libro mecanografiado, que yo leí en un par de noches y que entonces no encontré editor». Era, no obstante, el comienzo de algo más que un diletante de ocasión, de un verdadero poeta. «El libro parecía la culminación de una escuela y tenía, como su autor, la desconcertante virtud de no parecerse a nada de lo que se publicaba en ese tiempo».

Tal vez esta frase que escribe a vuela pluma el novelista, casi sin darle la menor importancia, defina mejor que cualquier otra lo que es la poesía de Ruiz Amezcua en su conjunto: una poesía que no se parece a la que se escribe en su momento, una «poesía a destiempo y contrapié», original y única, manada del manantial vivo de la creación contra corriente, o de las mismas vivas aguas de la vida, que dijera la pobre Teresa; lírica que el secretario de la Real Academia, Víctor García de la Concha, vio primero como conceptualización, y después, a propósito de esta misma recopilación, ha sabido concretar como plasmación de una voz única, distinta, «en el complejo mundo de la lírica de esta postmodernidad que no acaba de concluir».

Nos encontramos, pues, en *Una verdad extraña* ante una obra de conjunto, no ante una antología, sino ante una publicación de todo lo que selectivamente ha creado el autor, porque Ruiz Amezcua entiende la lírica como exudación del alma o exudación de cuerpo y alma, indefectiblemente unidos, como el propio Unamuno entendía su *Diario íntimo*, es decir, como algo que le iba brotando físicamente, casi por necesidad, sin que pudiera poner coto a la reverberancia de la transmisión que necesitaba, de la comu-

nicación que pretendía, de la capacidad de dar y darse, de esa entidad de «ser y serse a distancia» de los demás y a distancia de sí mismo pero integrado y humanado, como si la labor de poeta –tan propia– fuera independiente de uno mismo, como si el poeta surgiera porque sí, por azar o por necesidad, como si las capacidades le vinieran dadas desde fuera y apenas pudiera matizar o controlar más que en lo que a expresión formal se refiere.

La poesía de Ruiz Amezcua parece nacida del fondo inmutable de los tiempos, incluso en la selección de un vocabulario indeleble, manriqueño, escueto y pleno a la vez. Efectivamente, decía Valle Inclán que «sólo la memoria alcanza a encender un cirio en las tinieblas del tiempo. Todo el saber es un recuerdo». En efecto, si repasamos fríamente el libro, encontramos eso precisamente: el recuerdo constante del hombre Ruiz Amezcua, revelado en su esfuerzo de percibir y transmitir la clara tiniebla del tiempo, porque clara es o clara parece a los ojos del desinteresado lector de esta poesía, que acaba comprobando esa especie de rebuscada integración de un espacio heteroescénico en el fondo del tablado de la representación diaria que es la creación poética; que acaba viendo como algo suyo, por humano, lo que es reflexión ajena. Es como un corema especular de un hombre que se siente más hombre a base de representación exudatoria de sí mismo. Aquí, como dicen los semióticos, hay formema y figurema específicos, que siempre obedecen a una especie de «sintaxis sociológica» del poeta consigo y con su tiempo, hombre en el tiempo al fin y al cabo, como decía Antonio Machado. De ahí su capacidad de transmisión.

Evidentemente, no pretendemos incidir en la abundante bibliografía que sobre el poeta ya existe, porque descubrir a estas alturas la personalidad y obra literaria del galduriense, cuando ha merecido múltiples referencias en estudios y antologías de la pasada década, no parece pertinente. No obstante, tal vez se precise un mínimo recordatorio. Muñoz Molina, también comprovinciano, que ocupa ya un puesto relevante en la narrativa contemporánea, lo ha visto con entera claridad. El hecho de que Juan López Morillas haya dedicado una espléndida monografía a la poesía de Ruiz Amezcua, ampliada después en un trabajo de mayores vuelos, o que J. M. Molina Damiani publicara su «Más allá de este muro: Tradición y traición en la obra de Manuel Ruiz Amezcua», en el *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* (julio-diciembre de 1991), o las abundantes referencias de Francisco Allué y Morer en *Poesía Hispánica* (1975), o de F. Blesa, o el hecho de haber sido incluido en importantes antologías de la lírica contemporánea, como la de Víctor Pozanco, nos evita referir un amplio repertorio de citas, que el lector interesado podrá

hallar en el mencionado estudio de Molina Damiani, al menos por lo que atañe a su producción hasta diciembre de 1991.

Sin duda, el mejor estudio de conjunto, pese a lo hasta aquí citado, es el que precede a la edición de este último volumen *Una verdad extraña (Poesía 1974-1993)*, en que Muñoz Molina, desde la amistad, que ha visto desarrollar parejamente ambas creaciones, ha sabido captar cómo su evolución se ha plasmado de manera coherente con su propia personalidad. Dice allí mismo que *Las voces imposibles* inicia su etapa más interesante. Encuentra en ese libro la misma fidelidad hacia los grandes temas poéticos, pero se aprecia una forma de contarlos menos artificiosa y, sin lugar a dudas, mucho más emocionante y personal. Los poemas de ese libro, *Las voces imposibles*, se han ido descargando de la densidad de palabras graves que creaba en los primeros una atmósfera de difícil esperanza, y añade a continuación: «Si interpretamos la madurez como la voluntad de deshacernos de prejuicios y de pensar con libertad, sin someternos ni a nuestro propio sufrimiento, podemos afirmar que la poesía de Ruiz Amezcua se encuentra ahora en ese momento de plenitud donde el poeta, de vez en cuando, se permite descansar de sus cavilaciones generales para hablarnos de lo íntimo, para darse y darnos un respiro y mostrarnos abiertamente sus estados de espíritu, incluso un cierto impudor de felicidad».

En efecto, así es y así lo entendimos en su momento. No obstante, hay que pensar que, más que felicidad, lo que no falta al fondo de la obra de Ruiz Amezcua es siempre una esperanza a regañadientes, una esperanza a contrapié: la capacidad de sacar placer o de sacar esperanza hasta de la desesperación misma, como sucedía en Unamuno o en Miguel Hernández. A poco que nos fijemos, la sencillez de su vocabulario, intencionadamente fácil, que no pretende grandes novedades, es prueba evidente; es más, parece que disfruta retomando los tópicos repetidos desde la lírica de cancionero, incluso con formulación idéntica de la misma retórica, lo que hace ver esa su capacidad de lograr la poesía con los materiales más triviales, a veces con los aparentemente antipoéticos, como semejante al deseo luce el cielo en la noche. Recurre incluso a la expresión retórica, por fácil adrede, en personificación pretendida, cuando habla de que «las estrellas se miran encendidas a lo lejos». Pero ese, como otros casos, es sólo el encuadre necesario, el fondo de contraste donde ensartar esa inserción expresionista que domina en toda su lírica. En toda ella se muestra el contraste hiperbólico entre lo que no es el yo sino el mundo, lo que no es el suelo, sino el sueño, cuando configura y arrastra la impotencia humana por un mundo no fictivo.

Y, asimismo, la insatisfacción personal, que puede traspasarse humana –que no humanizada– a cualquier elemento de la naturaleza, comenzando por la luna, el mar, el sol o cualquiera de los tópicos de la lírica de todos los tiempos. El horizonte, cerrado por la negación del hombre, conforma un camino sin final por el que avanza el poeta como el romero de León Felipe, siempre ligero y siempre profundo, amparado por la sombra de una duda y una niebla simbólicas. Es la insatisfacción deformada, son hogueras de pasión calmada por la fuerza, llanto que corre oculto como el agua oculta que llora, remordimientos de piedra que no encuentran la máscara propicia para entender lo que no puede ni tal vez debe ser entendido. Y, en efecto, aparece siempre en su lírica la conciencia plena pese a todo, el saberse lúcido, el recuerdo que se goza en la espera y la esperanza no consentidas, siempre en soledad, con las pasiones infinitas del hombre de todos los tiempos, contadas en versos sencillos, a modo siempre de epifonema final trunco, en que también la sangre, símbolo eterno del sufrimiento humano, gira intacta, impenetrable, sin enterarse, por la tierra. Es el sufrimiento del hombre Ruiz Amezcua, que fluye en toda su lírica. Pero el hombre, que no es más, pero tampoco menos, en la unamuniana sentencia de «nada menos que todo un hombre», camina siempre impávido, también intacto, sin dar cabida aparente a la esperanza, en el eterno retorno, en la rueda permanente del vivir humano. Así se cifra y se empeña por mostrársenos único.

La perfección de la forma es, desde esta perspectiva, casi una necesidad de reafirmar su personalidad, de dar trascendencia a lo aparentemente intrascendente, pues no hay más que normalidad de hombre en lucha, como el hombre de cualquier tiempo que aspire a humanidad. Por eso la poesía de Ruiz Amezcua se compone de todos los sentimientos de la lírica de todos los tiempos: acción, nostalgia, deseo, insatisfacción, solipsismo desgarrado, nihilismo, están en todos los poetas y están presentes, sin duda, en él. Ahora bien, la expresión descarnada, reconcentrada e íntima, adelgazada a fuerza de depuración monástica, la capacidad de comunicación, en último término, es lo que la hace única. Y más allá de cualesquiera simulacros o ficciones nos sitúa como eje de su inveterada voluntad de ser y serenos.

Hay un aspecto tal vez más llamativo de su lírica que ningún otro. Es, junto a la perfección formal, la capacidad de silencio, de evocar el silencio a través del hondo compromiso ético que subyace en toda su trayectoria vital. En ese sentido, nos recuerda a José Bergamín, el poeta que escribiera en su libro *La claridad desierta*:

«A veces hay silencios  
lejanos que nos hablan

desde su lejanía  
mejor que las palabras.  
Y en la noche del tiempo  
son como una mirada  
oscura que acaricia  
con su tristeza el alma».

En efecto, esos silencios lejanos, que hablan desde el compromiso, son los silencios presentes en el poema, las formas de hueco indeleble que evocan prácticamente tanto como lo que se dice. Conforman esa noche del tiempo, que como una mirada oscura acaricia con su tristeza el alma. Es exactamente la misma sensación que se desprende de muchos de sus poemas, porque, como también dijera el propio Bergamín, «un hombre acabado no es un hombre muerto. Un pueblo tampoco. No hay que acabarse antes de morir, sino morirse antes de acabarse, que es todo lo contrario. En la acción como en el pensamiento». Y así se muestra en su poesía, fe de vida, pese a pesimismo de ocasión, contradichos por las ganas de vivir que fluyen tal vez a su pesar. En la lírica de Ruiz Amezcua encontramos ese sentimiento personal y único, que indefectiblemente camina hacia los lugares recónditos del pensamiento humano. Así se manifiesta tanto en su lírica amorosa como en su lírica más íntima, que aparece en los textos de «La verdad sitiada». Y para ello le sirve cualquier cita de poeta íntimo en ocasión lucidera, siempre a condición de la profundidad y sencillez a un tiempo, como en el caso de Paul Reverdy, que nuestro autor rescata: «La vida entera está en juego».

«No responde la vida,  
al ciego laberinto que devora.  
Bajo un esfuerzo inútil  
de tentativa cierta,  
nunca dejará ver su enredadera  
de mecanismo frío,  
su sabio sino de conciencia rota.  
Esclava de la muerte,  
nos engañará siempre  
robándonos del fuego la memoria.  
Entre caricias huecas  
proclama victoriosa la derrota  
de todo lo que vive  
atado a lo que muere,  
viviendo revolcada con las sombras.

Cuando la noche toca  
 en el pozo sin fondo de la nada,  
 y en el instante eterno que la goza,  
 se relame en las llagas  
 de la especie más sucia que la nombra».

Aquí está ya el poeta libre de ataduras, lejos de las dependencias formales que en otras ocasiones hemos manifestado de esta poesía. Lo eterno imposible de la vida de Juan Ramón Jiménez es «enredadera de mecanismo frío»; las cavernas del sentido, de San Juan de la Cruz, son fuego de memoria; las referencias lorquianas, que aparecen constantemente a lo largo de su lírica, a veces exhibidas impudicamente, son ya «noche en el pozo sin fondo de la nada», como si el poeta quisiera hacernos ver que, pese a ellas y por encima de ellas, está su propia voz, como si quisiera proclamar un más difícil todavía de la lírica, capaz de surgir por encima de las voces más señeras. Tal vez sea ésta la mayor virtud de su lírica, que encuentra su propia voz por encima de las mejores voces de la lírica española de todos los tiempos, proclamando «victoriosa la derrota de todo lo que vive atado a lo que muere». Y esto no es fácil lograrlo, cuando en cualquier texto encontramos referentes tópicos que, a modo de cerros testigos, quedan ahí porque el poeta quiere: noche, sombra, fuego, nada, gozo, caricia; u otros que evocan a San Juan, Miguel Hernández o Quevedo, o a cualquiera de los líricos que estuvieron en la mente del poeta. Sin embargo, la gran virtud de la lírica de Ruiz Amezcuea es erguirse por encima de todas las influencias, encontrar su voz en las voces, las voces verdaderas en las voces repetidas, o, como él mismo dice, las voces imposibles, título espléndido de libro que merecería la pena pasar a la posteridad.

La trayectoria que ha podido ser claramente observada por Víctor García de la Concha y por el propio Muñoz Molina nos exime de ese análisis progresivo que ya creemos suficientemente perfilado. Para nosotros, Ruiz Amezcuea es la voz unamuniana que está por encima de las demás en el ámbito de la postmodernidad. «Me disteis el vacío, la soledad, el horror... y una vergüenza silenciosa ( R. M.)» es uno de sus lemas, comienzo del epígrafe «Turbias las alas» de su libro *Dialéctica de las sombras*, donde inicia una andadura que autentifica así: «No entiendo la palabra sin el propósito de la verdad». Ahogarla bajo la máscara es firme decisión de esta poderosa sociedad sin rostro que pretende ahogar para siempre la palabra. Por eso libros como el de Ruiz Amezcuea, *Una verdad extraña*, se precisan porque la yerguen con vida para siempre en los albores de este 1996. Decía Pedro

Salinas que «el olvido es un activo agente de desorden; se olvida sin ton ni son; a tuertas o a derechas. Cuando el olvidadizo acude a su memoria, de ella emergen bagatelas, chucherías, que en la vida adquirimos por nada; en cambio se empeña en guardarse enterradas en sus fondos, preciosas posesiones del alma, que se obtuvieron a costa de insignes alegrías o duras penas, y que debería recordarlas siempre». Se trata de un texto de *La gloria y la niebla*, recordado hace muchos años por Dámaso Alonso. Así es como se produce ese fondo de preciosas posesiones del alma que se obtuvieron a costa de insignes alegrías y que el poeta Ruiz Amezcua ha logrado plasmar para todos los tiempos. La labor del poeta es encontrar esas preciosas posesiones del alma, obtenidas a duras penas, aquellas insignes alegrías que un día fueron y ya no son, pero deben ser porque son lo único que nos queda de auténtico.

Tal vez el mayor elogio que cabe formular es que le son de estricta aplicación unas frases que Dámaso Alonso refiriera a la lírica de Blas de Otero: «Posee —escribe— una capacidad idiomática condensadora, estrujadora de materia (lingüística), superior quizá a la de casi todos sus coetáneos, comparable, por lo que toca a su fuerza y nitidez, a la de un Lorca y algunos otros poetas (del 27); a veces comparable al más angustiado y apretado Quevedo». Es, en efecto, una lírica condensada hasta el extremo, para la que el tiempo es una noche absoluta, evidentemente simbólica, poblada de muertos, de «medulas que han gloriosamente ardido». Pero los últimos libros —*Las voces imposibles*— sugieren la esperanza, encarnada en el amor, a modo de amanecer que se abre paso —a paso— entre los muertos oterianos. El poeta, que partía «traicionado y torturado, ajusticiado por dentro», que contemplaba con regusto la vida «desde el placer de lo incierto», que conoció desde siempre «la soledad del desprecio», el que afirmara que la única esperanza «es un largo laberinto», que sólo existe el misterio, «el mudo y vago respiro de estar viviendo sin sangre», termina claudicando a su pesar, creyendo sin creer, cifrando su vida escueta en unos labios y unos brazos que devuelven a su mundo «el resplandor de sus alas», refugiado en el lema hernandiano «Dejadme la esperanza», que cierra el volumen y abre la perspectiva, porque, aunque él lo rechace, «entre la lluvia... hay una mano que nos está cambiando de sitio el corazón, y hay un latido que se empapa de lluvia, y hay una carne tensa que se está haciendo vegetal, que se redime de ser carne y que llueve»... para todos por igual.